

aplicacion: la *posibilidad*, la *esencia* y la *existencia*, la *causa* y el *efecto*, la *sustancia* y el *modo*, lo *finito* y lo *infinito*, la *unidad*, *verdad* y *bondad metafísicas*, la *identidad* y *distincion*, la *semejanza* y la *diversidad*, el *tiempo* y la *duracion*: he aquí los conocimientos á que se ha elevado el espíritu por medio de la atencion y el juicio desde las primeras impresiones de los objetos materiales. Todo esto nos manifiesta los resultados que produce el ejercicio de las facultades que hemos enumerado. Por último, hemos visto lo que es el método que se ha empleado siempre para descubrir y manifestar la *verdad*, hemos examinado estos métodos; y á la vista de este exámen, nos hemos convencido de que no hai en ellos una facultad nueva, no hai mas que ideas que sirven de materia, atencion que las fija y compara, y juicio que las sigue en todas sus relaciones.

132. Resulta de lo expuesto que todas las facultades recorridas hasta aquí no tienen mas objeto que conocer y dar á conocer la verdad: resulta en segundo lugar que tanto para lo uno como para lo otro no se necesita de otra facultad: luego las facultades analizadas tienen por objeto el *conocer*. Conocer es *entender*: por que ni se conoce lo que no se entiende, ni se entiende lo que no se conoce. Siendo pues entender el objeto de todas las facultades que hemos analizado, ya se comprenderá por qué todas ellas vienen á reunirse en una facultad general que se designa con el nombre *entendimiento*. Por tanto, puede ser definido el entendimiento: *la potencia de conocer, ó el conjunto de las facultades internas que tienen por objeto el conocimiento de la verdad*.

## CAPITULO SEGUNDO.

*De la voluntad.*

133. Estas dos palabras, *quiero*, no *quiero*, andan en la boca de todos los hombres y corresponden exactamente á una potencia que cada uno reconoce en sí mismo por la experiencia que tiene de sus actos. La conducta del hombre en todas las épocas y situaciones de la vida nos manifiesta repetidas veces el carácter de esta potencia. Se la llama *voluntad*, palabra correspondiente al nombre *voluntas* latino, derivado del verbo *volo*, que significa *querer*. Para formarnos una idea exacta de la voluntad, debemos observar detenidamente tres cosas, que son: primera, los impulsos con que se manifiesta; segunda, las causas que la determinan; tercera, el objeto que se propone.

*Impulsos con que se manifiesta.*

134. Cuando yo recibo las primeras impresiones de los objetos, me contemplo como un ser enteramente pasivo, en cuyo arbitrio no está dejar de sentir la accion directa de las cosas que le mueven. Mas á poco de haber recibido tales impresiones, observo que ellas producen en mí uno de dos efectos, que son el placer, ó el disgusto. En el primer caso me aplico todo á prolongar el sentimiento de la impresion que acabo de recibir: si es un espectáculo magnífico, me detengo á mirarlo con trasporte: si es un concierto feliz, en que resplandece el genio de la armonía, no me canso de escucharlo: si es una fruta

mui grata al paladar, la saboreo sin interrupción; si es un exquisito y delicado perfume, fijo con tenacidad sobre él el órgano de mi olfato: en fin, encuentro singular placer en recostarme sobre un mullido lecho, en tomar el frezco de la tarde, cuando me siento abrumado por el calor, en ponerme al sol, cuando me mortifica el frio del invierno, ó en pasar ligeramente mi mano por una tersa y pulida superficie. No sucede lo mismo cuando la impresion de los objetos es desagradable y penosa; pero en este caso, un impulso contrario mueve todo mi cuerpo: me levanto al punto, y abandono el sitio donde recibo tantas impresiones que me disgustan; y si la necesidad me obliga á permanecer, tomo varias precauciones contra el objeto referido: cierro mis ojos, ó aplico mi pañuelo al olfato, ó me tapo los oidos, como suele decirse, ó gusto de un sabor contrario, que me destruya el mal sabor que he recibido del otro, y por último, disminuyo la ropa que me cubre, para evitar el calor, ó la aumento para guarecerme del frio. En todos los movimientos que acabamos de recorrer descubrimos otros tantos impulsos interiores, sin los cuales habria sido imposible verificar ninguno de aquellos. Estos impulsos son el *quiero* y *no quiero* puestos en ejercicio, la voluntad en accion. Pero ellos no están reducidos al orden puramente físico y material: por que obran y por ventura con mayor fuerza en el sistema de nuestros pensamientos, en la lentitud ó precocidad con que se desenvuelven todas nuestras facultades internas.

135. Cada uno sabe por experiencia propia, que es dueño de fijar, ó no, su atencion sobre cualquiera

idea. La atencion es el primer efecto de la actividad del alma, y fácilmente se comprende que sin esta actividad no existiria aquella. Cuando atendemos, sentimos un impulso interior que nos determina, y este impulso no es otra cosa que el *yo quiero*, que indispensablemente precede á todo acto del alma. En consecuencia de lo expuesto, la reflexion y la comparacion, obras indispensables de la actividad, se verifican en tanto que *queremos* ejercitarlas. El juicio, esta facultad que distingue al ser activo ó inteligente, este poder que experimentamos dentro de nosotros mismos de dar un sentido á esta palabra ES, esta facultad no se ejercita, sino por un impulso que nos determina á ello, impulso que tiene el mismo origen que los otros. En consecuencia el raciocinio con todas las modificaciones de que es susceptible, exige para su ejercicio el que preceda un *yo quiero* pronunciado por el alma. Por esto vemos esa diferencia que tanto nos admira, esa diferencia que ha introducido entre los hombres, ya por su tenacidad ya por su objeto, el ejercicio de las facultades intelectuales. Unos se dedican á las ciencias, otros á las artes: estos reconcentran su atencion en el comercio, aquellos la fijan en la agricultura: quiénes sobresalen por el talento, quiénes brillan por el genio &c.<sup>a</sup> De este modo recorremos en la sociedad una serie no interrumpida de producciones, entre las cuales notamos innumerables diferencias que consisten, no solamente en esa sabia desigualdad con que el autor de la naturaleza distribuye la aptitud entre los hombres, sino tambien en los varios objetos que respectivamente atraen nuestra inclinacion, y tambien en el

mayor ó menor empeño con que ejercitamos nuestro entendimiento. Y como tal inclinacion es un movimiento hácia el objeto, como este movimiento es obra de la actividad del alma, y esta actividad resulta del *yo quiero* que ella pronuncia, es claro que todos estos impulsos que ponen en accion al entendimiento humano, suponen un principio diverso del mismo entendimiento, y este principio es la voluntad. ¿Pero qué, todos estos impulsos son obra del capricho, del acaso, de la fatalidad? Un ligero exámen sobre ellos nos conducirá precisamente á descubrir sus verdaderas causas.

*Causas que la determinan.*

136. Las causas mas comunes que nos mueven á obrar son el *instinto*, la *necesidad* y la *razon*: para convencernos de esto, basta un ligero exámen. Hai veces en que nos movemos sin haber tenido ántes la mas ligera reflexion: tal sucede v. g. cuando en la fuerza de la carrera se nos presenta repentinamente un precipicio: luego que lo descubrimos, echamos el cuerpo atras; y lo mismo nos acontece á la vista repentina de una fiera &.<sup>a</sup> &.<sup>a</sup> En estos movimientos no tiene parte ninguna la reflexion, y por eso se dice que son determinados por el *instinto*.

137. La necesidad es un sentimiento penoso que proviene de la privacion de una cosa que estamos acostumbrados á gozar, ó por lo ménos que llegamos á comprender como indispensable para nuestra subsistencia ó bien estar. Este sentimiento atrae nuestra voluntad irresistiblemente, y al impulso de nuestra

voluntad entran luego en accion nuestras potencias intelectuales y aun nuestras facultades físicas.

138. Por último, hai veces en que sin experimentar el sentimiento de la necesidad, nuestra razon nos presenta tal ó cual objeto como útil ó agradable. Este conocimiento engendra una simpatía mas ó ménos fuerte: se comienza por la simple *inclinacion*, esta inclinacion repetida engendra el *deseo*, este deseo se convierte mui pronto en una *necesidad*, y esta necesidad, lo mismo que las primeras, determina la accion de nuestro pensamiento ó el movimiento de nuestro cuerpo.

*Objeto que se propone.*

139. Las observaciones que acabamos de hacer nos conducen á descubrir que la voluntad, sea que abraze, sea que repela los objetos, ya obre por una especie de instinto, ya excitada por la necesidad, ya finalmente determinada por la razon, siempre lo hace con un designio fijo. Cuando repele los objetos, es por que los repugna; y cuando los repugna, es por que los considera contrarios á la conservacion ó al bien estar. Podrán serlo ó no efectivamente, pero ella nunca los repele, sino por que los tiene como un mal. Al contrario sucede cuando se inclina á ellos, y los desea y los abraza: se le presentan como ligados íntimamente con su bien estar ó con la conservacion de su ser. Sucede muchas veces que lo que se desea y apetece no es un bien efectivo, sino un mal; pero como esto no impide que el alma lo contemple bajo un aspecto útil ó agradable, siempre resulta que la volun-

tad no abraza nada sino bajo la razon de bien. El objeto, pues, que se propone la voluntad, es adquirir un bien verdadero ó aparente, ó evitar un mal verdadero ó aparente.

140. Hemos visto ya los impulsos con que la voluntad se insinúa, las causas que la determinan y el objeto que se propone. Podemos definirla pues: *aquella potencia de nuestra alma, que guiada por el instinto, excitada por la necesidad, ó determinada por la razon, pone en accion nuestras facultades internas ó externas, con el fin de alcanzar un bien verdadero ó aparente, ó de evitar un mal verdadero ó aparente.*

#### CAPITULO TERCERO.

*Relaciones que existen entre el entendimiento y la voluntad.*

141. Para conocer el influjo recíproco que entre sí tienen estas dos potencias, basta recordar lo que se ha dicho ya. Se ha visto que la atencion es obra de la actividad de nuestra alma, que el juicio no se verifica tampoco sino por consecuencia de la misma actividad, que todas las otras facultades del entendimiento se vienen á reducir á la atencion y al juicio: de aquí resulta que todo el ejercicio del entendimiento es obra de nuestra actividad interior. Tambien es cierto que la actividad de nuestra alma tiene su asiento en la voluntad, y que en último resultado no es otra cosa que la voluntad en accion. Tal vez no está de nuestra parte suspender en lo absoluto la accion de nuestro pensamiento; pero sí lo está el aumentar su energía, fijar su marcha, darle un objeto fijo, ó hacerle cam-

biar de uno en otro; y como regularmente hablando, nuestra atencion y nuestro juicio tienen un objeto determinado, puede asegurarse que su ejercicio depende de nuestra voluntad.

142. Hablando de esta, vimos igualmente que no abraza cosa alguna sino bajo la razon de bien, ni repele nada sino bajo la razon de mal; y puesto que todas sus facultades se dirigen á abrazar ó repeler los objetos, es claro que ántes necesita de que se le presenten bajo la razon de buenos ó de malos. Ver una cosa bajo cualquiera de estos dos aspectos es conocerla: conocer es obra exclusiva del entendimiento: la voluntad no atiende ni juzga ni coñoce. Luego para que ella abraze ó repela un objeto, ha menester de que el entendimiento se lo proponga como bueno, ó se lo manifieste como malo. He aquí el influjo que tiene el entendimiento en la voluntad; y por esto ha pasado como un principio en las escuelas esta proposicion. *nada puede quererse ó aborrecerse, sin que ántes sea conocido.*

143. Las reflexiones que hemos hecho sobre la influencia recíproca que tienen entre sí el entendimiento y la voluntad, nos conduce á fijar con exactitud los caracteres de la *libertad* considerada como una facultad de nuestra alma. Por mui grande que sea la fuerza que nos arrastre á practicar una accion cualquiera, sentimos á pesar de esto, que somos capaces de contenernos: al contrario, aunque el estado de perfecta quietud llegue á ser tan agradable para nosotros, que nos ponga mui léjos de hacer una cosa determinada, sentimos igualmente dentro de nosotros mismos la facultad de salir del estado de quietud y verifi-

car la accion que se nos propone. Estos hechos, que hallamos confirmados por el testimonio de nuestra propia conciencia, nos conducen á reconocer esta verdad: *el alma tiene esencialmente la facultad de obrar ó no obrar*: he aquí la libertad considerada como una simple facultad de nuestra alma.

144. Mas cuando esta pone ya en ejercicio aquella facultad, ofrece á nuestro exámen un fenómeno en que se nos presenta ya la libertad bajo el carácter de una operacion efectiva. Cuando nos decidimos á la accion, ó resolvemos permanecer quietos, es por que tenemos una causa para ello. Esta causa podrá ser cualquiera de aquellas que determinan nuestra voluntad; mas no pudiendo la referida causa hacer otra cosa que ponernos en la alternativa de elegir cualquiera de los dos extremos indicados, la voluntad no puede fijarse determinadamente en uno, sino en tanto que su resolucion pueda encaminarla á su objeto, que como se ha visto ya, es un bien verdadero ó aparente. ¿Mas cómo conocerá nuestra alma la influencia mas ó menos eficaz que pueda tener en su bien estar una resolucion cualquiera? Examinando el carácter de los objetos que se le proponen y comparando las ventajas é inconvenientes recíprocos que le pueden aquellos presentar. Por esta razon, ántes de resolverse á elegir cualquiera extremo, analiza, compara, juzga; en una palabra, aplica con mas ó ménos rectitud las facultades del entendimiento al exámen del objeto que se propone á la voluntad, ejercicio que conocemos con el nombre de *deliberacion*; y como no se resuelve sino en consecuencia de esta, creemos que la libertad en accion es el *acto de*

*querer ó no querer, despues de haber deliberado.*

145. En otro lugar daremos á estas ideas la extension que merecen; por que aquí solo tratamos de indicarlas en cuanto baste á enumerar y distinguir las potencias, facultades y operaciones de nuestra alma.

*Conclusion.*

146. El entendimiento y la voluntad vienen á reunirse en una sola facultad que se llama *facultad de pensar*. Veamos por que. Atender, reflexionar, comparar, juzgar, raciocinar, componer, descomponer, abstraer, distinguir, clasificar &.<sup>a</sup>, es pensar: desear, amar, aborrecer, alegrarse, entristecerse, fastidiarse, abrazar, repeler, querer, no querer &.<sup>a</sup> es pensar: en una palabra, pensar es poner en ejercicio cualquiera de las facultades hasta aquí recorridas; y como de estas facultades unas pertenecen al entendimiento y otras á la voluntad, resulta que tanto el uno como la otra piensan; y como para pensar, es necesario tener aptitud, resulta que tanto el uno como la otra tienen la facultad de pensar. Una y otra tienen pues cualidades características y cualidades comunes: las primeras los distinguen y separan; las segundas los identifican y confunden. ¿Cuál es pues su parte distintiva? Que el entendimiento tiene por objeto conocer las cosas, y la voluntad abrazarlas ó repelerlas. ¿Cuál es su parte comun? que así el uno como la otra piensan. Siendo pues una regla fija el que las cosas todas naturalmente están unidas en lo que tienen de comun, es claro que la facultad de pensar comprende en un punto al entendimiento y á la voluntad.

147. En todos los objetos que hasta aquí hemos examinado no hemos descubierto mas que facultades y operaciones. Todas las primeras se han venido á refundir en lo que llamamos *facultad de pensar*, y las segundas, que no son sino el ejercicio de esta, se comprenden todas en la palabra pensamiento. No hemos conocido pues hasta aquí sino el pensamiento y la facultad de pensar. ¿Pero el pensamiento y la facultad de pensar pueden existir por sí, é independientemente de un sugeto en quien residan? El pensamiento es el ejercicio de la facultad de pensar y esta, como su nombre mismo lo indica, no es otra cosa que la aptitud ó capacidad para pensar. ¿Y quién ha podido figurarse nunca una aptitud, una capacidad existiendo por sí sola con absoluta separacion de otro objeto, como existe un árbol, una peña, un animal &c.? La palabra aptitud es un término abstracto que representa una cualidad, y toda cualidad supone un sugeto en quien residir, ó á quien pertenecer: v. g.: Pedro es capaz de hacer un reloj: he aquí una facultad: Pedro hace un reloj: he aquí una operacion. Pero así como el reloj no es Pedro, ni la capacidad de hacer el reloj es Pedro, así tampoco ni la facultad de hacer una cosa, ni el ejercicio de esta facultad deben confundirse nunca con el sugeto que tiene la facultad ó verifica la operacion. Contrayendo pues esta doctrina al punto de que tratamos, se ve que ni el pensamiento puede existir sin la facultad de pensar, ni la facultad de pensar sin un sugeto en quien resida. La facultad de pensar supone pues necesariamente la existencia de un sugeto en quien existir, y este sugeto es el alma. Defini-

mos, por tanto, al alma: *el sugeto en quien existe la facultad de pensar.*

## PARTE SEGUNDA

### DE LA NATURALEZA

#### DEL ALMA.

148. Es muy deplorable por cierto el cuadro que presentan aquellos filósofos, que mal avenidos con los sanos principios y despreciando las indicaciones de la misma naturaleza, se abandonan al delirio de los sistemas, en que no hai otro fundamento que las conjeturas mas ó ménos ridículas, otro estímulo moral que el empeño de abolir toda regla, ni otro aliciente literario que el prurito de decir cosas nuevas, aunque sea con menoscabo de las creencias comunes y con absoluto desprecio del buen sentido. No extrañamos por lo mismo descubrir en el teatro de la filosofía tantas opiniones absurdas que ya casi no se recuerdan, sino para mostrar á los incautos cuán peligroso es olvidarse de los buenos principios y aferrarse en ser original, principalmente cuando se trata de aquellas verdades que miran al destino de nuestra existencia, y en que reposan las esperanzas de todo el género humano. Los que mas se han distinguido en impiedad y pro-